



REVISTA SEMANAL.

De esta revista se publican 48 números anuales.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

AÑO 3.º—NÚMERO 1.º

DIRECTORA,
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

8 de Enero de 1877.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 15.

SUMARIO.

El deber de la mujer, por D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez.—**El talisman de una niña**, novela, por id.—**Imitacion de Bagner**, poesía, por id.—**Calvario y redencion**, cartas de dos hermanos, por id.—**VARIEDADES: El árbol milagroso**, por id.

EL DEBER DE LA MUJER.

Mientras algunas plumas harto bien cortadas; mientras que alguna voz demasiado autorizada quizá, se ocupan hoy en discutir si es mayor ó menor la inteligencia de la mujer; si su instruccion debe reducirse ó ensanchar sus limites; si ha nacido para ser esclava; si Dios la formó para ser señora; si su influencia produce el bien; si su ascendiente ocasiona el mal, nosotros, sin perder el tiempo en vanas polémicas ni en inútiles digresiones, nos limitaremos solo á recordarla su mision, á demostrarla su deber, á señalarla el sitio que el cielo le ha marcado al colocarla como madre y como esposa al lado del hombre que, deprimala ó no, le debe la vida, le debe las horas de dicha

más puras, le debe, en fin, el estímulo para todas sus más grandes empresas, y la inspiracion para las más bellas de sus obras. Inútil y necio seria negar que una mujer frívola, egoísta, orgullosa y estúpida, puede causar la desgracia y la ruina del hogar que debia embellecer, y que como esas flores de vistosa hermosura, pero de nociva influencia, envenenan y matan las almas que, atraídas por su apariencia, aspiran un dia su emponzoñado aroma.

Pero esas flores son por fortuna muy raras, y se marchitan en un dia, como son raros los seres que se les asemejan, y que tambien pierden su prestigio en un breve espacio de tiempo.

Yo no creo, yo no quiero creer que exista esa clase de mujeres; yo no las concibo sin llevar en el alma un mundo de amor, de dulzura, de caridad y de indulgencia, como no concibo el dia sin sol, el altar sin flores, la primavera sin perfumes.

Por eso no hablo con ellas, y me dirijo solo á las buenas esposas, á las buenas hijas y á las buenas madres sobre todo.

Y no penseis que al señalarles el camino del deber, voy á mostrárselo sembrado de flores, cubierto de luz; no: la vida es un camino penoso en que abundan más las espinas que las rosas, y las dichas y las esperanzas que encierra son imperfectas, son perecederas, están casi siempre mezcladas con llanto.

Por eso no son de este mundo las recompensas y los premios que debe esperar la que abraza confiada su cruz y marcha rectamente por la senda del deber. Si esos premios, si esas recompensas las aguardara aquí en la tierra, bien pronto desmayaría su valor y decaería su espíritu, porque muy á menudo quedan ignorados y desconocidos los sacrificios y las virtudes de la mujer que vive retirada en el fondo de su hogar, recibiendo mil veces una decepcion amarga en pago de su abnegacion.

Por eso las aspiraciones de su alma deben ser más altas, más elevadas; deben alzarse hasta Dios, luz que no se extingue, palma que no se abate, nítida blancura que jamás se mancha.

Por eso las coronas que ambicione deben estar formadas con otras flores más inmaculadas, más inmarchitas; con las flores del cielo, que nunca pierden su fragancia; del cielo, que es la patria de las almas solo, y la mujer, toda corazon, toda espíritu, debe esperar su ventura en él.

¿Quereis saber el camino que conduce allí? Yo os lo voy á decir.

Es una senda muy estrecha, muy recta, muy invariable; esa senda se llama la del deber. Toda mujer puede seguirla sin vacilar, llevando su vista fija en la altura y sin retroceder un punto, aunque sienta heridos sus pies por los abrojos y las zarzas. Toda mujer puede marchar por ella alumbrada por la luz de la fe, inspirada por la llama de la caridad, sostenida por el áncora de la santa esperanza. Toda mujer puede cruzarla ya vea escrita á su entrada la palabra de hija, ya la de esposa, ya la de madre. En todas hay virtudes que practicar, consuelos que derramar, obligaciones que cumplir! obligaciones distintas, pero imperecederas y sagradas siempre.

Las de la hija, en armonía con la niñez y la juventud, son sencillas y fáciles; se reducen á mirar en sus padres la imagen de Dios, y como á Dios obedecerlos y honrarlos, escuchando sus preceptos y dejándose guiar por su experiencia y por su amor. Su vida se asemeja al arroyo claro y

trasparente que corre tranquilo por un valle cercado de flores. besando humilde la mano que le encauza.

Una buena hija es la corona que el cielo coloca sobre los blancos cabellos de la ancianidad; es el rayo de sol que alumbra los dias postreros de una existencia que se apaga; es la tímida violeta que crece al borde de una tumba, perfumándola con su aroma; es la pura y trasparente gota de rocío que tiembla sobre la hoja de la rama seca, prestándola la última frescura y la postrera belleza; oh! nada hay que pueda compararse á ella, como ninguna ternura excede á la suya.

Dios mismo ha enaltecido el cariño y la virtud filial, ofreciéndoles premio en este mundo y en el otro.

Con la pureza y el amor y el respeto, se puede formar una hija modelo, porque nada más necesita para serlo.

Los deberes de la esposa y de la madre son más áridos y más penosos.

Para cumplirlos es preciso más perseverancia y más esfuerzo, porque no se reducen, como algunas suponen, á guardar fielmente la honra del marido y á no manchar el nombre que les diera. No; la que quiere llenarlos cumplidamente, ha de unir la prudencia á la dulzura, la sumision á la bondad; ha de aprender á olvidar mucho y á perdonar mucho tambien! ha de estudiar los gustos y las inclinaciones del compañero de su vida, animándole en el bien y separándole suavemente del mal, para no hacerse solidaria de él.

Ha de aconsejarle siempre, pero despojando el consejo de toda apariencia de autoridad.

El hombre, orgulloso por naturaleza, celoso de su imperio y de su fuerza, rechaza con arrogancia la mirada ó la palabra que cree encaminada á dominarle, pero cede á veces á la súplica ó la advertencia hecha de un modo sencille, humilde, sometido siempre á su voluntad.

La amarga reconvencion, el agrio reproche jamás han de asomar á los lábios de la mujer, porque rara vez el hombre los escuchará con calma. ni corregirá los defectos arrojados á su rostro de un modo severo ó violento.

La laboriosidad, el orden, la economía, deben ser los compañeros eternos de la buena esposa, y no ha de arrojar nunca al viento de la vanidad ni de la locura humana el producto del asiduo trabajo y el sudor

de la frente de su esposo; debe ser la lámpara que alumbre el santuario del hogar; la inmóvil roca á cuyo pié se estrellan las luchas y las pasiones de la vida, el iris hermoso que brille sobre la nube en medio de la tormenta.

La cadena que sujeta á la mujer al yugo del matrimonio es pesada, es inquebrantable, su deber consiste, pues, en hacerla más ligera y suave, en tornarla en lazo de galanas flores que sujete, pero que no torture su alma.

Yo, cuyo afán en este momento no es halagar á la mujer, sino mostrarla la verdad desnuda, la diré, por último, que su lema ha de ser siempre la virtud y el amor y la prudencia y la resignación, en todos los momentos, en todas las horas, en todas las circunstancias de la vida. ¡Ay de aquella que quiera contrastar la fuerza con la fuerza, la violencia con la violencia! ¡Ay de aquella, sobre todo, que aparte un momento su planta de la senda de su deber! su hogar se tornará en valle desierto, sin luz, sin sol, sin alegría; la antorcha del himeneo se trocará en tea de discordia, el esposo en tirano, el cariño en odio, y las sonrisas y las alegrías, en duelo eterno y en eternas lágrimas!

Feliz en cambio, feliz la que cumple su santa y bendita misión, que si no halagan su corazón las vanas dichas de la tierra, en cambio llenarán su alma las venturas inefables del cielo.

Y ¿qué mayor felicidad que la que produce la paz de una conciencia tranquila?

Qué mayor bien que el de aquella que alzando sus ojos á la altura, y sintiendo caer sobre su frente la suprema mirada de Dios, puede decir entre su ferviente plegaria: «Señor, mi alma no se ha manchado con el impuro lodo del mundo, mi conciencia tranquila es como un libro abierto en el que todos pueden leer, sin tener que borrar una sola página. He cumplido fielmente la misión que os dignásteis confiarme, y mi espíritu sereno, vuelve á vos, que sois el centro y la aspiración perpétua del alma, á buscar el premio y las delicias sin fin, que ofreéis á los que cumplen vuestros preceptos, y á los que siguen vuestros pasos por el calvario de la vida!»

Enriqueta Lozano de Vilchez.

EL TALISMAN DE UNA NIÑA.

I.

Muchas veces, en el trascurso de nuestra vida, vemos que las causas más pequeñas producen grandes efectos ó sucesos que ni por un momento hubiéramos podido imaginar.

Dios se vale también de medios incomprensibles para premiarnos la buena acción que practicamos en su Nombre ó el dolor primero que consolamos por amor suyo, y la trasparente lágrima que enjugamos hoy, puede convertirse mañana en clara gota de rocío que vivifique nuestra alma como vivificaría el blanco cáliz de una pobre flor.

Una prueba de esta verdad es la sencilla narración que voy á transcribir, conmovida aún por los recuerdos que despierta en mi memoria.

No hace muchos meses, y en una mañana crudísima de invierno, dos mujeres vestidas de negro enteramente, atravesaban uno de los barrios más retirados de Madrid y se detenían ante una casa de pobre apariencia.

Aquellas dos mujeres, jóven y bellísima la una, anciana y enferma la otra, tenían un aire de distinción y elegancia tales, que no bastaban á ocultarlo la casi pobreza de sus trajes y la expresión tímida y encogida de sus ademanes.

Como hemos dicho ya, se habían parado y miraban con afán la casa designada con el número 3.

Al fin cesaron en su examen, y atravesaron el dintel de la puerta, dirigiéndose á una mujer que las salió al encuentro desde el fondo del portal.

—Creo que es aquí donde se alquila una buhardilla, murmuró la jóven con una voz tan dulce y tan triste, que hizo que la portera se detuviera un instante antes de contestar.

—Sí, efectivamente; el número 2.

—Podría V. permitirnos verla?

—¿A Vds.? preguntó con asombro aquella mujer, ¡es tan pequeña!

—No importa, respondió la jóven tratando de contener una lágrima que temblaba en sus pestañas.

—No importa, repitió la anciana con un acento que el frío hacía trémulo.

La portera descolgó una llave de la pared, y la entregó á las dos desconocidas, que se dirigieron á la escalera, mientras ella decía al verlas subir:

—¡Qué lástima que tengan que mudarse aquí estas señoras!

Y efectivamente, no se engañaba al calificarlas así, porque aquellas dos mujeres, tan desgraciadas al parecer, eran la hija y la esposa del brigadier M.... á quien los vaivenes políticos, tan frecuentes en nuestros días, acababan de arrebatar, no solo la vida y la fortuna, sino también la honra, pues había muerto fusilado por traidor á su bandera.

La viuda y la huérfana habían caído, pues, desde la cumbre de la fortuna al abismo de la miseria, y desamparadas, solas, transidas de dolor, llegaban á aquella pobre casa, buscan-

do un asilo más pobre aún, donde llorar al menos ó morir en paz.

La habitacion era mezquina, ruinosa, mala, pero costaba muy poco y fué aceptada sin vacilar.

Aquella misma tarde, madre é hija se instalaron en ella, llevando consigo su escaso mobiliario, pues todo cuanto poseian de valor habia sido vendido ya.

Ana, hija única, criada con excesivo mimo, habia recibido una educacion brillante.... la educacion que se da á una señorita destinada á lucir en sociedad, y nada más.

Las rudas faenas domésticas eran enteramente desconocidas para ella, y sin embargo, como su madre estaba enferma, como no tenian recursos, como estaban solas, tuvo que dedicarse á ellas, y aquellas manos blancas y transparentes como el nácar, se amarataron y se destrozaron mil veces á fuerza de trabajo.

En el oscuro corredor en que estaba situada su buhardilla, existian otras dos más: el número 1 y el número 3.

La primera no tenia inquilino: la segunda estaba ocupada por un matrimonio muy pobre con una niña de seis años.

Nada más puro ni más angelicalmente bello que el semblante de aquella criatura; nada más inteligente ni más hermoso que los magníficos ojos que inundaban de luz su pequeño rostro; nada más suave que su voz; nada más dulce que su tierna sonrisa.

Y sin embargo, aquella niña, dotada por Dios de tanta belleza, estaba siempre sucia y casi desnuda, sus padres la golpeaban y la trataban con desdén, porque sus padres eran dos miserables, y la pobre Victoria era una azucena criada entre abrojos, era una perla arrojada entre el cieno.

Su padre pasaba las noches en la taberna, y volvía muy tarde beodo, ó no volvía.

Su madre.... ¿qué podríamos decir de una madre que no amaba á su hija, que la dejaba abandonada, que no tenia para ella calor en su hogar, abrigo en su regazo?

Victoria, pues, pasaba sus dias en medio de la calle, y muchas de sus noches sentada á la puerta de su morada, aguardando, dormida, el regreso de sus padres.

Cuando Ana vino á habitar la buhardilla contigua á la de estos, fijó sus ojos en la niña, á quien vió en el corredor, y no pudo menos de admirarse de tanta belleza; pero su alma estaba abrumada de pesar, y no la dirigió siquiera una frase.

Dos noches despues y muy tarde ya, la señora de Mendoza y su hija oyeron unos sollozos angustiados en la entrada de su habitacion.

—¿Has oido, Ana? preguntó la enferma sobresaltada.

—Sí, madre mia, respondió la jóven, parecen los gemidos de un niño que llora.

Pasaron dos ó tres segundos y algunos sollozos más desgarradores se escucharon entre el silencio de la noche.

La jóven se levantó y corrió á la puerta, abriéndola con rapidez.

Victoria, acurrucada en un rincon, lloraba con desconsuelo sin igual, pero de un modo apagado.

Ana se acercó á ella, pasó la mano en sus blondos rizos y le preguntó con dulce voz:

—¿Qué tienes, niña?

La infeliz no podia contestar.

Su frente de ángel estaba yerta: sus piés descalzos y húmedos frios como el mármol; sus manecitas cruzadas sobre el seno, hinchadas, torpes y temblorosas.

—¿Qué tienes? la volvió Ana á preguntar.

—Frio! dijo la niña con débil acento; mucho frio!

En efecto, el aire que silbaba en aquel estrecho corredor, helaba los huesos, y la nieve que descendia con abundancia de los cielos, penetraba alguna vez por las abiertas ventanas, y venia, impulsada por el viento, á caer silenciosa á los piés de Victoria.

Ana se estremeció de pesar; sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas, y temiendo que aquella niña amaneciese muerta si la dejaba allí, la tomó en sus brazos y entró con ella en su habitacion.

—¿Qué es eso, hija mia? murmuró la señora de Mendoza viéndola aparecer.

—Una pobre criatura medio helada, á quien voy á calentar y á prestar abrigo, respondió Ana cerrando la puerta y colocando á Victoria en el lecho de la enferma.

La niña no lloraba, miraba á su protectora con sus grandes y hermosísimos ojos negros, y en su mirada se leia la inmensa gratitud de su inocente alma.

Ana la dió á beber algunas gotas de vino, se quitó su propio pañuelo y la envolvió en él, y estrechándola contra su seno la decia mil veces con acento de compasion y cariño:

—Estás así mejor, hija mia? no tienes frio ya?

Poco á poco el calor fué tornando á animar el rostro de Victoria; sus labios, que se asemejaban á las hojas de una violeta, tomaron las suaves tintas de la rosa; sus manos dejaron de temblar, sus dedos adquirieron movimiento, y la palabra brotó en su boca suave y tranquila como su cándido pensamiento.

—Estás ya mejor? la volvió Ana á preguntar.

—Oh! sí! respondió la niña; sí, y yo no quisiera que esta noche se acabara nunca!

—Por qué?

—Porque no quisiera separarme de tí, de tí, que me tienes en tus brazos, que me besas y me llamas hija mia!

Ana la acarició de nuevo, la cubrió más y más con su cuerpo, y la dió más calor con su aliento.

Ana era un ángel: habia sufrido mucho y se compadecia de los dolores ajenos, porque la santa llama de la caridad ardía en su noble corazon.

Victoria, al suave calor de sus caricias se quedó dormida en sus brazos.

La jóven, algunos instantes despues, la colocó en su propia cama y se acostó también á su lado.

Cuando la primera luz del dia penetraba por

las mal unidas tablas de las ventanas dormían las dos aún.

Solo la anciana había pasado la noche en un angustioso insomnio, ¡el dolor y la enfermedad no le permitían reposar!

II.

Pasaron algunos días.

Victoria, que llegaba todas las mañanas á saludar á sus bienhechoras, dejó de venir un día, y Ana vió que la buhardilla en que vivía la niña permanecía cerrada.

La jóven no sabía por qué, ni tuvo á quién preguntar.

La señora de Mendoza se agravó terriblemente. La pobreza y la escasez eran cada vez mayores en aquella triste casa, y la enfermedad y la miseria consumían con igual rapidez aquella desdichada existencia.

El modesto traje de la anciana, la humilde cama de la jóven, todo, todo había desaparecido ya!

¡Y nadie las tendía una mano, nadie las prestaba ayuda! ni aun vecinos tenían siquiera que acudiesen en su socorro!

El médico se había despedido ¡y qué podía mandar allí, donde no había recursos siquiera para comprar pan!

Hay miserias muy difíciles de socorrer; hay infortunios imposibles de remediar!

El de aquellas infelices era uno de ellos.

Al mendigo que pide limosna de puerta en puerta se le alarga una moneda ó se le dan las sobras de nuestra mesa y queda remediado.

Pero al que no pide; al que se muere de hambre en el rincón de su frío hogar; al que no alza su acento para implorar la caridad, porque la vergüenza anuda la voz en su garganta; al que no tiende su mano, por que su mano se retrae, atada por un sentimiento de vergüenza también. Oh! ese, ese perecerá en silencio sin que nadie se arriesgue á levantar una punta del velo que cubre su miseria por no ofenderla, por no abochornarle, por no herir su dignidad.

Los ricos, sus iguales ayer, se apartan de su lado por desearo; los pobres, sus iguales hoy, se apartan también por respeto: ¡todos le dejan pasar cargado con el terrible peso de su cruz, sin que haya un Simon Cirineo que se atreva á ofrecerle su ayuda!

La señora de Mendoza se moría, y ni ella ni su hija pedían ni recibían la taza de caldo ó la moneda que tan necesaria les era.

Un día la enferma se quedó sin voz y sin vista; hacía doce horas que no había tomado alimento alguno.

Creyó que su existencia se extinguía, y suplicó á su hija que trajera un sacerdote.

Había vivido como mártir y quería morir como cristiana.

La jóven, medio loca de dolor, salió á la calle y penetró en la iglesia más cercana.

La casa de Dios siempre está abierta para los desgraciados, y sus ministros prontos á acudir al llamamiento del dolor.

Un anciano sacerdote se ofreció á complacer á la jóven, y esta salió de allí, después de indicarle las señas de su morada.

Rápida como el pensamiento volvía junto á su pobre madre, cuando un hombre la cerró el paso, llamándola por su nombre.

La jóven se detuvo y le miró con extravío, sin conocerle en un principio: Después... después recordó su nombre: era un antiguo conocido de su familia, cuya conducta, un tanto equívoca, le había cerrado las puertas de muchas casas honradas.

Preguntó á la jóven por su madre, se informó de su situación... casi oyó de los labios de Ana que parecía de miseria... Entonces acercó su boca al oído de aquella hija desolada, y murmuró algunas palabras que apenas ella pudo entender.

Muy infames debían de ser, pues la jóven sintió que la indignación encendía su rostro, y echó á correr deshecha en lágrimas hacia su casa.

Casi al par que ella llegó el ministro del Señor, para escuchar la confesión postrera de la pobre enferma, que también solicitó recibir en su seno al Dios infinito de la misericordia y del amor.

Aquella mujer llamaba en aquel momento á la puerta de la muerte, y su postrer deseo debía cumplirse.

Dios, en forma de Hostia consagrada, no podía negar su presencia á aquella alma que había rescatado con su sangre, y que anhelaba llegar á Él.

Pobremente, sin más pompa que el llanto, sin más galas que el amor, sin más acompañamiento que el infortunio, sin más altar preparado que aquel corazón, lleno de fe, llegó el Supremo Dios á la humilde buhardilla.

Ana, anonadada por la desgracia, transida por el dolor, muerta de pena, en fin, se hallaba de rodillas, sola y desamparada al pié del lecho de su madre.

Y tan absorta estaba en su duelo, tan abismada se hallaba en su amarga aflixion, que no vió la triste ceremonia, ni supo cuando el sacerdote se marchó, después de terminada esta, ni notó que todos salieron y que nadie quedó ya en la habitación con ella y su madre.

Mil y mil ideas rodaban por su pálida frente; mil y mil ideas que solo Dios y su ángel custodio podían penetrar; pero entre las cuales bullía á veces un pensamiento temible, porque el ángel la miraba con pena, y temblaba por su inocencia.

De pronto la puerta entornada se abrió suavemente, y unos pasos ligeros se oyeron en la habitación; un rayo de sol que penetraba por la alta ventana iluminó un rostro de serafín, y resbaló sobre los dorados rizos de una cabeza infantil.

Una niña, asustada por el silencio que reinaba en torno, entró de puntillas en la habitación.

Aquella niña era Victoria.

Su inteligente mirada abarcó en un segundo toda la estancia, y viendo á Ana arrodillada y llorando, se acercó á ella, y poniéndola una de sus manecitas sobre el hombro,

—Por qué lloras? la dijo con queda y suave voz.

Ana alzó sus ojos, los fijó en la niña con expresión trastornada y sombría, y nada la contestó!

—Por qué lloras? volvió á decir Victoria, sintiendo sus ojos anegados en llanto también.

La inocente niña no comprendía la desgracia que amagaba á la jóven; pero su hermoso corazón tomaba parte en sus penas sin darse cuenta de ello en su inocencia.

—Escucha, dijo al fin; vengo á traerte un regalo, vengo á hacerte feliz.

—Feliz! murmuró Ana repitiendo esta palabra como un eco.

—Oh! sí, escucha: yo no estoy con mis padres: á ellos se los llevaron unos hombres una noche, no sé dónde!

Al decir estas palabras, la voz de la niña era triste y doliente como una queja.

—A mí, continuó, á mí me condujeron también á una casa muy grande, donde hay muchas niñas. Dicen que aquella casa es el hospicio, y que allí recojen á los pobres desamparados.

Ana, á su pesar, prestó atención á las palabras de la pobre criatura, y se interesó en su relato.

—Y entonces, ¿cómo estás aquí, cómo has venido.

—Porque ayer, una señora muy buena que se llama la hermana María, me llevó á una sala grande donde habia muchas niñas más, y me dió un talisman que yo he venido á traerte.

—Qué quieres decir? qué significa esa palabra?

—La hermana María la pronunció, y yo la aprendí de memoria. «Toma, hija mia, me dijo, con esto a mujer puede ser feliz y librarse de caer en el abismo. Este es un talisman que conjura la miseria y combate el vicio, atrayendo el bienestar y sosteniendo la honradez.» Yo la escuchaba con afán y pensaba en tí, en tí á quien amo tanto desde la noche en que me abrigaste y me diste calor con tus besos! y hoy me he escapado y venido á traerte mi talisman para que no llores ni seas desgraciada. Toma!

Y al decir esto, Victoria sacó de su pecho un objeto muy pequeño y lo presentó dulcemente á Ana.

Aquel objeto era una aguja!

La tierna niña, con su inocente regalo, la recordaba que el trabajo era el áncora de salvación de los seres sin fortuna, y que una mujer laboriosa, aunque sea pobre, puede vivir y ser honrada. Aquella niña con su pequeña dándiva abría sus ojos á la luz de la verdad, y le mostraba el camino que debía seguir.

—Oh! exclamó tomando la aguja de las manos de Victoria. Sí, tienes razón, tienes razón; yo trabajaré y salvaré á mi madre sin admitir los socorros de un miserable. ¿Por qué no habré pensado antes en ello, y mi suerte no sería tan cruel. ¡Dios mio, Dios mio! completad la obra, y ya que me habeis señalado el camino de la salvación, ayudadme, ayudadme para poder emprenderlo! Pídeselo tú también, hija mia, pídeselo tú, que acaso me has salvado de caer en un abismo.

La niña instintivamente cayó de rodillas y

mezcló su inocente ruego al ruego angustioso de Ana.

Dios las escuchó sin dudar!

En aquel instante el sacerdote que habia escuchado la confesion de la moribunda, apareció de nuevo en la habitacion. Antes habia traído el consuelo para el alma, ahora traía el remedio para aquella miseria.

Entregó á Ana algunas monedas de oro y la ofreció no abandonarla hasta que le hubiese proporcionado algunos medios de subsistir: aquello no era una limosna: aquello era un socorro ofrecido en nombre de Dios.

La jóven pensó solo en su madre, y acudió á ella primeramente.

La enfermedad principal de la señora de Mendoza era el hambre, la falta de alimento.

Aquel día se reanimó algun tanto, y al siguiente se mejoró mucho más aún.

Las súplicas de su hija, y la eficacia de un buen cuido, apartaron bien pronto de su frente la mano de la muerte que la señalaba, ya con su dedo!

La esperanza también empezó á sonreirla, porque el sacerdote cumplió su palabra, y no cesó en sus dones hasta que Ana halló trabajo suficiente para atender á sus necesidades.

La jóven no quiso separarse de Victoria.

Aquella niña habia sido su ángel custodio, y estaba sola en el mundo, porque sus padres iban á pagar en una prision de muchos años un crimen vergonzoso.

Oh! Dios premió aquella buena obra de Ana, devolviendo enteramente la salud á su madre, y proporcionando á la jóven un tranquilo bienestar.

Cuando al cabo de algunos meses, la pobre buhardilla de Ana se trasformó, merced á su trabajo, en una linda habitacion sencillamente amueblada, pero alegre y cómoda y risueña; cuando la señora de Mendoza triste, pero resignada, tuvo un modesto bienestar, debido á los desvelos de su hija; cuando esta, sentada todas las noches en su caliente y perfumado hogar con Victoria al lado, se entregaba algunas horas al descanso, bendiciendo á Dios que no la habia abandonado; mostraba á la niña su pequeña aguja, y la decia besando su purísima rente:

—Este ha sido el talisman que ha cambiado mi suerte. Tu inocente regalo ha sido mi áncora de salvación. Oh! yo te la devolveré un día, cuando ya seas mujer, y será en tus manos la prueba de que el trabajo y la laboriosidad son la santa corona de la mujer honrada, y de que esta no podrá envilecerse ni carecer de lo necesario, sabiendo manejar en sus dedos una humilde aguja.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

IMITACION DE BECQUER.

Volverá la purísima azucena
su nevado capullo á desplegar,
y de nuevo las áuras, en su cáliz,
perfumes beberán.

Volverán del rosal las secas ramas
savia y botones y hojas á ostentar:
y otra vez en sus tallos tembladores
las rosas se abrirán.

Volverán del arroyo trasparente
á romperse los lazos de cristal,
y entre azules violetas, murmurando
de nuevo cerrará.

Volverá la risueña primavera
luz y aromas y encanto á derramar;
mas, ¡ay! la primavera de mi alma,
esa no volverá!

Enriqueta Lozano de Vilchez.

CALVARIO Y REDENCION.

CARTA DE DOS HERMANOS.

María de Osorio á su hermano Fabian.

Ayer llegué á Madrid, dulce hermano mio, y hoy tomo la pluma para comunicarte todas las impresiones de mi corazón.

Durante las horas de mi viaje, la imagen de nuestra doliente madre y la de la pobre Elia no se han separado de mi memoria: tambien he pensado mucho en tí, Fabian mio; en tí, que, hijo primogénito de un título ayer, vas hoy á ocupar el puesto humilde de secretario de un rico banquero, para no ver morir de hambre á la triste marquesa de Alba-Luz y su hija menor, nuestra bella Elia.

¡Oh, hermano mio, cuántas penas te esperan quizá en esa nueva vida que hoy empiezas! vida de trabajo y de sacrificio, en la cual quisiera ayudarte con mis consejos y mi amor. Pero ya que no estoy á tu lado, te escribiré todos los días y te daré valor, hablándote de continuo de nuestra madre, tan amorosa, tan santa y tan desgraciada, y te recordaré la memoria de nuestro padre, que te mira sin duda y que te bendice desde el cielo. Mas ¿á qué te digo esto si sé que tú no los olvidas? ¿A qué busco en mi alma frases para sostener tu fé, si la fe tuya excede á la mia, y si encontrarás fuerza en tu alma con la sola idea del cumplimiento de tu deber?

No, no te repetiré cuanto de grande y noble ha habido en tu resolucion; te recordaré solo las dulces recompensas que encontrarás por ella!

Por de pronto, la situacion de nuestra madre mejorará notablemente; no carecerá de medicinas, ni de abrigo, ni de alimento: tus quinientos reales de sueldo, unidos á los doscientos que gano yo, formarán una suma mensual de setecientos, con los cuales esa noble anciana y esa tierna niña podrán vivir, si no de un modo conforme á su clase, á lo menos sin miseria y sin faltas.

Oh! qué felices serán ellas en nuestra linda casita de recreo, único albergue que hoy nos resta! en aquel pequeño espacio cercado de flores, último nido de nuestra felicidad pasada.

Me parece estarlas viendo á las dos, la una apoyada en el brazo de la otra, seguidas de nuestro fiel Tom, que correrá buscándote por el camino, ir á esperar al cartero que les lleva noticias de sus dos hijos más queridos; y luego... leer llorando nuestras cartas y mandarnos sus bendiciones entre los pliegues de las auras!

Pero mi carta se hace larga, y aún no te he dicho nada de mí, ni de la familia á cuyo seno he venido á comer el pan de la servidumbre.

Perdóname esta palabra: es demasiado cruel, pero ya no quiero borrarla.

Yo creo, sin embargo, que este pan no será muy amargo para mí.

La condesa del Rosal, á cuya casa he llegado, es una señora anciana, muy anciana, á quien debo acompañar diariamente, y á quien debo prestar mis servicios, ya leyendo á su lado, ya ayudándola á vestir y á dar algunos paseos por su gabinete ó por el jardín, ya jugando una partida de ecarté, pero sin separarme nunca de su lado!

La primera vez que me ha visto, me ha hecho algunas preguntas relativas á mi instruccion y á las obligaciones que tengo en su casa, con un tono un poco duro y aun aire algo altanero. A pesar de esto, yo la disculpo. Acaso la contraría recibir de una extraña estos cuidados, teniendo una hija que pudiera presertárselos, y esta será quizá la causa de su carácter acre y violento.

En efecto, tiene una hija, una hija muy hermosa, tan hermosa, que no he visto nada que se la asemeje. La condesa Amelia, que así se la llama, vive con su madre á pesar de estar casada y tener una hija, niña casi, y tan encantadora como ella.

Pero como Dios no nos ha traído á este mundo para gozar solo; como en los caminos más sembrados de rosas hay tambien crueles espinas, la condesa Amelia, rica, jóven, halagada de todos y dotada de un ingenio y de una belleza tan admirable, tiene la inmensa desgracia de ver á su esposo ciego.

Ay! Fabian, cuánto daria porque conocieses á este hombre!

Dios, al privarle del don más hermoso que concede á sus criaturas, del don de la vista, ha iluminado su alma con la brillante luz del genio, y le ha dotado de las más altas cualidades que elevan y subliman al espíritu humano.

Nada más noble, más digno ni más superior que el conde Horacio, que hace dos años vive envuelto en las tinieblas, y cuya sola presencia inspira respeto, simpatía y veneracion.

Y sin embargo... ¿Lo creerás? su desgracia, lejos de haber aumentado el amor de su esposa, parece que le ha enfriado, ó robado casi su expansion. Parece que la ha separado algun tanto de él, y que estos dos corazones han sentido aflojarse el lazo que los ligaba, ¡como si el alma pudiera comunicarse solo con el alma por medio de la luz de una mirada!

Oh! yo adivino más tinieblas en el corazón del conde que en la noche que cubre sus ojos; yo veo más sombras en su espíritu que en la

oscuridad que le rodea, y esto me hace sentir por él un afecto muy parecido al que me inspira tú, y algo semejante al que experimentaba por nuestro padre.

Anoche le vi por primera vez, y al contemplar aquel rostro pálido y severo, sentí un frío extraño en el corazón.

Toda la familia estaba reunida en el gabinete de la anciana, con quien sus hijos vienen á pasar algunas veladas. Yo me hallaba allí también, sentada detrás de ella, para ejecutar sus mandatos; para amortiguar la luz de su lámpara si la claridad ofende sus ojos; para alargarle el pañuelo que necesita, la copa de agua que quiere acercar á sus labios... para servirla en lo que me ordene; ocupando, en fin, mi lugar! Cuando entró la condesa Amelia, me levanté y permanecí de pie, sin que se dignara mirarme siquiera; detrás de ella venia Elvira, su hija, dando la mano al conde Horacio. Al ver aquella niña con sus blondos rizos, su semblante hechicero y su blanco trage, guiando á su padre ciego, sentí una especie de alucinación, y por un impulso del alma, hubiera caído de rodillas creyendo ver á un ángel custodio guiando los pasos de un triste mortal.

La niña, con el aturdimiento de su edad, tropezó con uno de los sillones, y estuvo á punto de caer, arrastrando á su padre. Yo di un grito involuntario, y corrí á sostenerla: aquel grito llamó la atención del conde, que preguntó quién estaba allí. Turbada y confusa no sabía qué responder, y balbuceé algunas palabras vagas y casi sin sentido, que el conde escuchaba con grande atención. Los ciegos tienen que juzgar á las personas por el sonido de la voz, y mi voz pareció impresionarle vivamente, lo que aumentaba más lo violento de mi situación. Por fortuna, la anciana vino en mi ayuda, explicando mi presencia en aquel sitio. Él entonces se volvió hacia mí y me saludó de un modo frío: sin duda la idea de que yo era una persona asalariada, apagó la impresión favorable que le había causado mi acento.

En toda la noche volví á desplegar mis labios, hasta que todos se retiraron y yo quedé sola con la anciana.

La ayudé á recogerse, y después la pregunté por su libro de oraciones para leerle las de la noche.

—No tengo ninguno! me contestó con tono breve.

—¿Quiere Vd., pues, que traiga el mío? la dije tímidamente.

—No es menester; para qué? me respondió. Usted estará cansada; vaya Vd. á acostarse y hasta mañana.

Obedecí con pesar. Una anciana que no reza es un ocaso sin claridad; un otoño sin frutas; una rama seca sin hoja alguna.

Me retiré á mi pequeña estancia, que es un cuartito alegre y modestamente amueblado, cerca del dormitorio de la condesa.

Allí, sola ya y libre por algunas horas, dediqué mis pensamientos á ti y á nuestra madre, y pedí á Dios valor para el hermano, felicidad para la pobre enferma, y resignación

para mí, triste desterrada del hogar, que sufrirá mucho lejos de vosotros!

Oh! pero soy muy culpable en hablarte así, entristeciéndote sin duda; perdóname, Fabian mío. Yo te juro que me enmendaré. Yo te juro que tendré valor, y que cuando estas ideas acudan á mi mente, me refugiaré en el recuerdo de que mi sacrificio es útil á nuestra madre, y seré dichosa, muy dichosa con su bien. Adios, mi dulce hermana; adios, y no olvides darle pronto noticias tuyas á tu amorosa hermana. —*María.*

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

VARIEDADES.

EL ÁRBOL MILAGROSO.

El ardiente sol del desierto derrama sus rayos de fuego sobre la pálida y purísima fuente de una mujer, gentil y hermosa como las palmeras de Idumea, y de mirada casta y suave como el aroma de las violetas que crecen en las anchas faldas del Carmelo, ó en las floridas márgenes del Jordan.

En sus brazos se reclina un niño, más bello que la primera sonrisa del día, y á su lado camina un anciano venerable y lleno de majestad como los ergidos y altos cedros del Líbano.

Aquella mujer es María, que con su hijo, el Divino Jesus, y con su santo esposo José, huye de Jerusalem á Egipto, buscando en tierra extranjera el asilo y la seguridad que en su patria no encuentra.

María camina fatigada.

Sus labios, rojos como la flor del granado, se entreabren para dar paso á su virginal aliento.

Pero sus labios están secos y su aliento entrecortado.

La Virgen de Nazaret tiene sed, y en toda la extensión que abarcan sus ojos, no distingue ni sombra amiga ni cristalino manantial.

El niño se agita un momento y llora entre sus brazos: acaso también le angustia el calor, acaso también le aqueja la sed.

María dirige su mirada en torno, y solo contempla inmensos mares de menuda arena, que agitados por los vientos del Desierto, azotan su rostro y abrazan sus pies.

Su espíritu se apura, su corazón se extremece, pero en su alma no se extingue la sagrada fe.

Deposita á Jesus un instante en la tierra, formándole almohada con su blanco velo, y cayendo de rodillas, eleva hasta el cielo su casta oración.

El niño sonríe en su lecho de arena.

A la plegaria de su amante madre responde un latido de su corazón.

Sus diminutas manos se agitan en el aire como dos jazmines en sus flexibles ramas; sus desnudos pies, lindos y pequeños como dos hojas de raso, se inclinan también y tocan el suelo.

(Se concluirá.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

GRANADA

IMP. Y LIB. DE F. REYES Y HERMANO

Alta del Campillo, 24 y 25